

LIBRO SEXTO.

Esperas que te dé á conocer toda la prudencia de este hombre de Estado; prudencia que nace de prever.....—(Nonio, I.)

Necesario es que este hombre de Estado se encuentre dispuesto siempre á combatir todo lo que pueda traer perturbación á la República.—(Idem, v.)

Cuando se dividen los ciudadanos y se declaran muchos partidos, existe sedición.—(Idem, I.)

Cuando en una discusión civil los buenos se sobrepone á la multitud, creo que se debe pesar los votos y no contarlos.—(Idem, v.)

Las pasiones, duras señoras del ánimo, nos hacen cometer innumerables faltas; como no se sacian, arrastran á toda clase de crímenes á aquellos á quienes enardecen con sus seducciones.—(Idem, v.)

Cosa notable fué que encontrándose los dos bajo el

peso de igual acusación (1), no se les consideraba lo mismo, sirviendo la simpatía de que gozaba Graco de salvaguardia á la impopularidad de Claudio.—(Aulo Gelio, vi.)

Este ilustre representante de la nobleza más distinguida pronunció las tristes palabras que se han conservado como testimonio de su elevado carácter.—(Nonio, iv.)

Y, como él mismo escribe, mil ciudadanos bajaban diariamente al Foro, cubiertos con mantos de púrpura.—(Idem, ix.)

Y, como has recordado, congregáronse todas las clases pobres, y con sus recursos reunieron en seguida lo bastante para hacerle hermosos funerales.—(Idem, xii.)

Nuestros mayores quisieron que el lazo del matrimonio fuese sólido.—(Idem, xi.)

Queda un discurso de Lelio, que todos tenemos á mano, en el que demuestra cuán agradables son á los Dioses inmortales los vasos de los pontífices y las urnas de Samos.—(Idem, iv.)

En esta circunstancia refirió Scipión un sueño, acerca del cual había guardado silencio durante mu-

(1) Cicerón habla aquí de Tib. Sempronio Graco, padre de los Gracos, y de C. Claudio Pulquer, censor en 584. Los dos censores que habían disgustado por su extremada severidad, fueron acusados ante el pueblo, irritado contra Claudio. Pero los dos fueron absueltos, porque Graco, cuyo nombre era ya popular, no quiso separar su suerte de la de su colega.

cho tiempo, según manifestó. Mostraba pesar Lelio porque no se habían alzado públicamente estatuas á Násica, en premio de haber dado muerte á un tirano; y después de algunas otras reflexiones, le contestó Scipión: «Aunque para los sabios el mejor galardón de sus bellas acciones es el testimonio de la propia conciencia, sin embargo, la divina virtud aspira á otros honores que los que pueden prestar estatuas sostenidas con plomo, ó laureles que pronto se marchitan.—¿De qué premios hablas? preguntó Lelio.—Permitidme, respondió Scipión, puesto que aun tenemos lugar durante este tercer día festivo, que os ocurra un suceso.....» Así llegó Scipión al relato de su sueño, en el que demuestra que los honores duraderos y las coronas inmortales de que ha hablado son las recompensas que él ha visto reservadas en el cielo á los ciudadanos eminentes.—(Macrobio, I.)

Cuando llegué á Africa, donde era, como sabéis, tribuno de los soldados en la cuarta legión, bajo el consulado de M. Manilio, mi primer cuidado fué ir á ver al rey Masinissa, unido por justas razones á nuestra familia con vínculos de profunda amistad (1). En

(1) Habla Scipión: «Masinissa, rey de Numidia, al principio de la segunda guerra púnica, había seguido el partido de Cartago; pero habiendo caído prisionero un sobrino suyo, y devuelto sin rescate por el primer Scipión, impresionado por esta generosidad, se declaró enteramente por los Romanos. No les fue inútil, y por recompensa de sus servicios, no solamente le aseguraron en su trono, sino que le dieron algunas tierras de las que tomaron á los Cartagineses.»

cuanto me vió, el anciano Rey me abrazó llorando; en seguida alzó los ojos al cielo y exclamó: «Gracias te doy, oh sol soberano, y á todos vosotros, Dioses inmortales, porque me habéis concedido, antes de que muera, ver en mi reino y en mi hogar á P. Cornelio Scipión, cuyo solo nombre reanima mi ancianidad, porque nunca se separó ni un punto de mi memoria el de aquel varón tan virtuoso como invencible.» En seguida le pregunté acerca de su reino; me habló él de nuestra república, y en continua conversación empleamos el día.

Después de espléndido banquete regio, continuamos departiendo hasta muy entrada la noche; el anciano Rey me hablaba de Scipión el Africano, recordando sus hechos y sus palabras. Al fin nos retiramos á descansar, encontrándome yo tan fatigado del viaje y larga velada, que caí en seguida en sueño más profundo que de ordinario. Presentóse entonces á mi espíritu, preocupado todavía con el asunto de nuestros diálogos, una aparición (porque sucede con frecuencia que el objeto de nuestros pensamientos y conversaciones nos produce en sueños ilusiones semejantes á la que refiere Ennio, que soñaba con Homero porque se ocupaba mucho de él durante el día). Presentóseme el Africano con sus propias facciones, que más conocía por la contemplación de su retrato, que por haberle visto. Reconocíle en el acto y experimenté repentino estremecimiento; pero él me dijo:—Tranquilízate, Scipión, y graba en tu memoria lo que voy á decirte.

¿Ves esa ciudad que, obligada por mí á obedecer al pueblo romano, reproduce nuestras antiguas guerras, que no puede permanecer tranquila (y me mostraba Cartago desde elevado paraje lleno de estrellas y resplandeciente de claridad), y á la que vienes tú á sitiar hoy, casi confundido con los soldados? Dentro de dos años, elevado á la dignidad de cónsul, la destruirás hasta en sus más profundos cimientos, y por tu valor merecerás el título de Africano que heredaste de mí. Después de destruir á Cartago, se te concederán los honores del triunfo, serás nombrado censor; visitarás, como embajador del pueblo romano, el Egipto, la Siria, el Asia y la Grecia; durante tu ausencia te nombrarán cónsul por segunda vez; terminarás una guerra muy importante; destruirás á Numancia. Mas después de subir triunfante al Capitolio, encontrarás á la República muy agitada por las maquinaciones de mi nieto.

En esta ocasión, oh Africano, tu prudencia, genio y elevado carácter habrán de iluminar y sostener á tu patria. Pero veo en esta época abrirse dos caminos al destino. Cuando se hayan realizado, después de tu nacimiento, ocho veces siete revoluciones del sol (1), y estos números, perfectos los dos aunque por razones diferentes, por su concurso y natural encuentro,

(1) Scipión Emiliano murió á los cincuenta y seis años. Considerábase el número 8 perfecto como número par; el siete, á causa de una virtud sobrenatural y mística que se le atribuía.

hayan completado para tí una suma fatal, la República entera se volverá hacia tí invocando tu nombre; sobre tí se fijarán las miradas del Senado, los varones honrados, los aliados y los Latinos; en tí solamente descansará la salud de Roma, y nombrado dictador, regenerarás la República si puedes escapar á las impías manos de tus parientes (1).—Al oír esto, lanzó Lelio una exclamación, todos los demás gimieron, y Scipión dijo sonriendo dulcemente:—No me desesperéis, os lo ruego; no disipéis mi visión; escuchad el resto.

—Mas para que aumente, oh Africano, tu cuidado en defensa de la República, has de saber que todos aquellos que salvaron, socorrieron ó ensancharon su patria, tienen preparado de antemano su lugar en el cielo, donde gozarán eterna felicidad. Porque el Dios supremo, que rige todo el universo, nada encuentra en la tierra tan agradable á sus ojos como esas sociedades de hombres congregados bajo la garantía del derecho, á las que se da el nombre de ciudades. Del cielo descienden los que rigen y conservan las naciones, y al cielo vuelven.—

Al oír estas palabras, no obstante el estremecimiento que experimentaba, más por la traición de los míos que por el miedo á la muerte, le pregunté si vivían todavía él, mi padre Paulo y todos los que con-

(1) Créese que Scipión fué envenenado por su esposa, hermana de Tiberio Graco.

siderábamos como extinguidos.—La vida verdadera, me contestó, comienza cuando se rompen los lazos del cuerpo que nos mantiene en cautiverio: lo que tú llamas vida es, en verdad, muerte. ¿No ves á tu padre Paulo que se acerca á tí? — Lo vi y corrieron mis lágrimas; mas él, abrazándome y besándome, me prohibió llorar.

Cuando pude sofocar mis sollozos, le pregunté:— Oh padre excelente y santo, puesto que la vida es esta, como me dice el Africano, ¿por qué he de permanecer más tiempo sobre la tierra? ¿por qué no me apresuro á venir con vosotros? — No puede ser, me contestó. Mientras Dios, de quien es templo todo esto que ves, no te haya libertado de la prisión corporal, no puedes penetrar en estas moradas. Los hombres han nacido para guardar ese globo que ves colocado en medio de este templo y que se llama tierra; han recibido su espíritu sacado de esas llamas eternas que llamáis estrellas y astros, y que formando globos y esferas, animadas por inteligencias divinas, realizan con velocidad admirable su circular carrera. Por esta razón, tú, Publio, y todos los varones religiosos, debéis mantener el alma en los lazos del cuerpo; nadie, sin el mandato del que la dió, debe abandonar esa vida mortal, y al huir de ella, parece que abandonáis el puesto que Dios os señaló. Mas bien, Scipión, como tu abuelo que nos oye, como yo que te engendré, procura vivir en la justicia y la piedad, piensa en el culto que debes á tus padres y parientes y que principal-

mente debes á la patria: esa vida es el camino que te conducirá al cielo y á la sociedad de aquellos que vivieron y que ahora, libres del cuerpo, habitan el paraje que ves.—

Y me mostraba ese círculo que brilla con resplandeciente blancura, y que llamáis, con nombre tomado de los Griegos, via láctea, y desde el cual contemplaba el universo, viéndolo lleno de esplendores y maravillas. Estrellas invisibles desde aquí, se presentaron á mi vista, y apareció ante mis ojos la magnitud de los cuerpos celestes que ni siquiera sospechamos. El más pequeño de todos estos cuerpos, situado en los últimos confines del cielo, siendo el más cercano de la tierra, brillaba con luz ajena. El volumen de las estrellas era muy superior al de nuestro globo. La misma tierra me pareció tan pequeña, que me avergonzó nuestro imperio que ocupa un punto de ella.

Cuando me encontraba absorto en esta contemplación, me dijo el Africano:—¿Hasta cuándo estará tu mente fija en la tierra? ¿No consideras á qué templo has venido? ¿No ves el universo entero encerrado en nueve círculos, ó mejor aún, las nueve esferas que se tocan? La primera y más elevada, que abraza todas las demás, es el cielo mismo, es el Dios supremo que todo lo dirige y contiene. En el cielo están fijos todos los astros que arrastra eternamente en su movimiento. Más abajo se agitan siete globos en movimiento contrario al del cielo: á uno de éstos se une la estrella que en la tierra se llama Saturno; más arriba brilla el

astro propicio al género humano, al que damos el nombre de Júpiter; después está Marte, de ensangrentada luz, temible para la tierra; hacia la región media, el Sol, moderador de los astros, alma del mundo, regulador de los tiempos, y cuyo globo, prodigiosamente grande, todo lo llena y abrillanta con su luz. Siguenle como satélites Venus y Mercurio, y en el círculo inferior vese la Luna inflamada con los rayos del Sol. Debajo de ésta, ya no se encuentra otra cosa que lo mortal y caduco, exceptuando las almas concedidas al género humano por divino beneficio. Cuanto se ve por encima de la Luna, es eterno. El noveno globo es el de la Tierra, colocado en el centro del mundo y el más alejado del cielo: éste permanece inmóvil y todos los cuerpos se dirigen á él por su propio peso.—

Cuando recobré el imperio sobre mí mismo, después del estupor de la admiración.—¿Qué sonido es ese, pregunté, que tan poderoso y suave llega hasta mí?—Esa armonía, me contesto, formada por intervalos desiguales, pero proporcionados con extraordinaria perfección, resulta del impulso y movimiento de las esferas, que confundiendo los sonidos graves y agudos en acorde común, hace de esos tonos variados melodioso concierto: esos grandes movimientos no pueden realizarse en silencio, y la Naturaleza ha querido que en un extremo de la escala armónica resuenen los sonidos graves y en el otro los agudos (1).

(1) Cicerón, según el sistema de Pitágoras, com-

Así, pues, las esferas más altas, las del firmamento estrellado, cuya carrera es más rápida, lanzan agudo y penetrante sonido; mientras del globo inferior de la Luna solamente brota nota grave y opaca. En cuanto á la Tierra, permanece inmóvil en medio del mundo, invariablemente fija en este profundo abismo. Los ocho globos intermedios, entre los cuales Mercurio y Venus tienen igual velocidad, producen siete tonos distintos y separados, siendo este número el nudo de casi todas las cosas. Los hombres que han sabido imitar esta armonía con los sonidos de la lira y las modulaciones de la voz, se han abierto camino hacia estas regiones celestiales, su antigua patria, así como también todos aquellos que emplearon sus

para aquí los movimientos de los planetas y el orden de las estrellas fijas á las vibraciones ó conmociones de las ocho cuerdas que componen el antiguo instrumento llamado *octacordio*, formado por dos *tetracordios* separados ó por ocho cuerdas en conjunto, que, en el genero diafónico, producían los ocho sonidos de nuestra música: de manera que la Luna, el más bajo de los planetas, responde á *mí*, el más grave de los ocho sonidos; Mercurio á *fa*; Venus á *sol*; el Sol á *la*; Marte á *sí*; Júpiter á *do*; Saturno á *re*; y el círculo de las estrellas, que es el más elevado de todos, á *mí*, el sonido más agudo, formando la octava con el más grave. Como se ve, estos ocho sonidos se encuentran separados por ocho intervalos según ciertas proporciones; de manera que de *mí* á *fa* se encuentra la distancia de un semitono, de *mí* á *sol*, la de un tono menor; de *mí* á *la*, la de una cuarta; de *mí* á *sí*, la de una quinta; de *mí* á *do*, la de una sexta menor; y de *mí* á *re* la de una séptima menor, las cuales con la octava forman siete acordes.

elevados ingenios, durante su vida mortal, en estudiar las ciencias divinas. Mas el oído del hombre, lleno de esta armonía, ya no la oye, no existiendo en vosotros sentido más torpe. Así es que, junto al Nilo, allí donde se precipita desde altísimas montañas formando las llamadas cataratas, pueblos enteros ensordecidos por el terrible fragor, han perdido la facultad de oír. La armonía del mundo entero producida por el movimiento es tal, que el oído del hombre no puede soportarla, de la misma manera que los ojos no pueden resistir los rayos del sol, cuyos resplandores deslumbran y ciegan. — Admirando todas estas maravillas, miraba con frecuencia á la tierra.

El Africano me dijo entonces:—Veo que contemplas la patria y morada de los hombres; pero si la tierra te parece pequeña, como lo es en efecto, levanta los ojos hacia las regiones celestes; desprecia las cosas humanas. ¿Qué fama, qué gloria digna de tus deseos puedes adquirir entre los hombres? Ya ves cuán pocas y estrechas comarcas ocupan en el globo terrestre, y qué vastas soledades separan esas raras manchas que forman los puntos habitados. Dispersos los hombres sobre la tierra, están de tal manera aislados unos de otros, que no es posible comunicación entre los diferentes pueblos. Vesles diseminados por todos los puntos de esa esfera, á distancias inmensas, en latitudes tan diferentes que no es posible esperar de ellos la menor gloria.

Contemplas también las diferentes zonas que pare-

cen envolver y ceñir la tierra: las dos más distantes entre sí, y que por una y otra parte descansan en los polos del cielo, las ves cubiertas de hielo; y la mayor de todas, la que ocupa el centro, está abrasada por los ardores del sol. Dos solamente son habitables; la austral, cuyos pueblos son vuestros antípodas, raza extraña á la vuestra; y aquella en que sopla el aquílón, de la que tan pequeña parte ocupáis vosotros. Toda esa región que habitáis, estrecha en los extremos, más ancha en el centro, forma isla pequeña por el mar que llamáis Atlántico, mar Grande, Océano, y á pesar de esos pomposos nombres, ya ves cuán pequeño es. Mas en medio de esas mismas tierras que los hombres conocen y habitan, ¿tu nombre ó el de alguno de nosotros pudo extenderse alguna vez más allá del Cáucaso, ó atravesar la corriente del Ganges? En los extremos del Oriente y del Occidente, en los últimos confines del Septentrión y del Mediodía, ¿quién oirá jamás pronunciar tu nombre? Resta las comarcas donde tu gloria no penetrará jamás, y considera en qué espacio tan pequeño quiere extenderse. Los mismos que hablan de tí, ¿hablarán mucho tiempo?

Aunque las razas futuras, conociendo por sus antecesores la fama de nuestros nombres, los trasmitiesen con extraordinario celo, las inundaciones é incendios que, en épocas determinadas é inmutables, cambian la faz de la tierra, impedirían á nuestra gloria ser, no diré eterna, pero ni siquiera duradera. ¿Y qué importa

además que te celebren las edades venideras, cuando no te celebraron en tiempos pasados varones no menos numerosos y seguramente mejores?

Cierto es también que entre los mismos que pueden oír tu nombre, no hay ninguno cuya memoria abarque los recuerdos de un año entero. Los hombres miden vulgarmente el año por la revolución del cielo, es decir, de un solo astro; pero cuando todos los astros hayan vuelto á su punto de partida, y reproduzcan, después de largo período, la disposición de todas las partes del cielo, entonces se habrá cumplido verdaderamente un año del mundo; y apenas me atrevo á decir cuántos siglos de los hombres encierra un año de éstos. El sol desapareció en otro tiempo de la vista de los mortales y pareció que se extinguía, cuando el alma de Rómulo penetró en estos templos: pues bien, cuando el sol se oscurezca otra vez en el mismo punto del cielo y en iguales circunstancias, encontrándose todos los planetas y todas las estrellas en la misma posición que entonces, se habrá cumplido un año; pero ten presente que todavía no ha transcurrido la vigésima parte de este año (1).

(1) Este grande año contiene quince mil años vulgares, según el cálculo de los astrónomos, de que da cuenta Macrobio. Desde la muerte de Rómulo hasta la época del sueño de Scipión, habían transcurrido 573 años; por consiguiente, no había corrido aún la vigésima parte del año del mundo. Platón dice en el *Timeo*: «Los otros globos, sus nombres, sus elementos, conocidos son de algunos mortales; pero la ma-

Así, pues, si pierdes la esperanza de venir á esta morada en la que se encuentran los bienes de las grandes almas, ¿para qué te servirá esa gloria humana que apenas puede durar algunos días de un solo año? Mas si quieres levantar tus ojos y fijarlos en tu morada natural y eterna patria, no pares mientes en los discursos del vulgo; eleva tus deseos sobre las recompensas humanas, que la virtud te muestre el camino de la verdadera gloria, y que sus encantos te atraigan. Otros cuidarán de lo que hayan de decir de tí; hablarán, sin duda, pero la fama más grande permanece encerrada en los estrechos límites de ese vuestro mundo que tienes á la vista; no tiene el don de la inmortalidad, perece con los hombres y se extingue en el olvido de la posteridad.—

Cuando hubo hablado de esta manera:—Oh, Africano, le dije, si es cierto que los servicios prestados á la patria nos abren las puertas del cielo, yo que desde la infancia he seguido tus huellas y las de mi padre, y que no he mancillado vuestra gloria, quiero hoy duplicar mis esfuerzos en vista de tan esplendente recompensa.—Ten valor, me contestó, y recuerda que

yor parte no suponen que el tiempo se mide también por la carrera de los astros, cuyo número y maravillas no conoceremos jamás. Solamente han podido conocer que la sucesión completa de las edades volverá á traer el gran año periódico, cuando todas las esferas, después de las innumerables combinaciones de su doble movimiento, por la fuerza del espíritu divino hayan vuelto al punto donde comenzó su errante carrera.»

si tu cuerpo ha de perecer, tú no eres mortal; tú no eres lo que representa esa forma corpórea; lo que hace al hombre es el alma y no esa figura que puede señalarse con el dedo. Ten presente que eres dios, porque dios es el que siente, recuerda, prevé, gobierna y rige el cuerpo á que estamos unidos, como el Dios supremo gobierna el mundo: así como el Dios eterno mueve el mundo en parte corruptible, el alma inmortal mueve el cuerpo perecedero.

Lo que se mueve siempre es eterno (1): lo que no comunica movimiento hasta después de recibirlo, en cuanto cesa de moverse debe cesar necesariamente de vivir. El sér que se mueve por sí mismo es, por consiguiente, el único que no cesa jamás de moverse, puesto que nunca se abandona. Además, es para todos los otros seres fuente y principio de movimiento. El principio no tiene origen, puesto que del principio procede todo, y él mismo no puede proceder de ningún otro, porque si procediese no sería principio: si no tiene origen, no puede tener fin; si se destruyese un principio, no podría reproducirlo otro, ni tampoco podría hacer brotar de sí mismo otro principio, porque es necesario que el principio sea anterior á todo lo que es producido. Así, pues, el principio del movimiento se encuentra en el sér que se mueve por sí mismo; ahora bien, este sér no puede tener principio

(1) Esta demostración de la inmortalidad del alma está literalmente reproducida en las *Tusculanas*. Cicerón la traduce del *Pedro* de Platón.

ni fin; no siendo así, se derrumbaría el cielo, y la naturaleza entera quedaría inmóvil, sin que fuerza alguna pudiera imprimirle el primitivo impulso.

Demostrado que el sér que se mueve por sí mismo es eterno, ¿quién podrá negar que esta es la naturaleza propia de nuestra alma? El sér que recibe el impulso del exterior es inanimado; pero el sér animado se mueve por su propia virtud y por un principio interior que pertenece esencialmente al alma. Si pues entre todos los seres el alma sola tiene en sí misma el principio de su movimiento, es evidente que no ha tenido origen y que es eterna. Ocúpala, pues, en las cosas más elevadas, y ninguna lo es tanto como velar por el bien de la patria. El alma, acostumbrada á este ejercicio, remonta con mayor facilidad hacia su morada celeste, y subirá con tanta mayor rapidez, cuanto que estará acostumbrada desde la prisión del cuerpo á elevarse y contemplar las cosas sublimes, á desprenderse de los lazos terrestres. Las almas de aquellos que se entregaron á los placeres de los sentidos se hicieron esclavas de él, y arrastradas por las pasiones, violaron todas las leyes divinas y humanas, cuando se separan del cuerpo vagan errantes alrededor de la tierra, y no vienen á estas mansiones hasta después de muchos siglos de expiación.—Dicho esto, desapareció, y yo desperté.

FRAGMENTOS CUYA COLOCACIÓN ES INCIERTA.

I.

Aunque el estado más apetecible es el de conservar siempre la fortuna más floreciente, sin embargo, esta felicidad constante no se aprecia tan bien como cuando se pasa á mejor estado después de experimentar grandes infortunios.—(Amiano Marcelino, xv.)

II.

Ciudad no es otra cosa que concordia de multitud de hombres.—(San Agustín, *De Civit. Dei*, I.)

III.

Cicerón llama en sus Diálogos á los Africanos infractores de tratados.—(Interpres Cruquianus, *Ad Horatium*, od. IV.)

IV.

Difícil es, oh Fanio, alabar á un niño; porque no es á él á quien debe alabarse, sino al porvenir que promete.—(Servio, *Ad Æn.*, II.)

V.

Cicerón dice: «La interpelación de Filo nos obliga á reproducirlo todo desde la primera palabra (*a calce*). Los antiguos llamaban *calcem* á lo que nosotros llamamos *cretam*, límites en el circo.—(Séneca, *Ep.* 108.)

VI.

Cita después varios versos de Ennio, y en primer lugar los dos siguientes sobre Scipión el Africano. «Scipión, á quien ningún amigo ni enemigo pudo devolver jamás todo el bien ó el mal que había recibido.»—Séneca, *ibíd.*)

VII.

En los libros *De la República* se encuentra este epigrama: «Si es lícito á un mortal penetrar en la morada de los Dioses, para mí sólo se abre de par en par la puerta.»—(Idem, *ibíd.*)
